



DÍA CON DÍA

Héctor  
Aguilar  
Camín

## El milagro guadalupano del abate Schulenburg

**M**urió Guillermo Schulenburg, abate de la Basílica de Guadalupe por 33 años, célebre por su negación de la existencia del indio Juan Diego, a quien, como sabe todo buen cristiano, la Virgen de Guadalupe se le apareció por primera vez en el cerro de Tepeyac, un sábado de diciembre de 1531.

Quien niega la existencia de Juan Diego y las apariciones, en cierto modo niega a la Virgen. ¿Qué entidad milagrosa puede tener la virgen morena, patrona y reina de México, si se niega el acto fundador de su existencia?

Parece ir contra el corazón del culto guadalupano que el titular de la Basílica por tantos años fuera un descreído precisamente del milagro que funda el culto.

Y sin embargo, hay una veta de guadalupanismo eclesiástico que descrea de la aparición y su parafernalia. Es una veta que hunde sus raíces en la aversión de los primeros evangelizadores a la mezcla de deidades indígenas, supercherías del demonio, con ritos de la fe católica.

Nada sino eso fue en sus inicios el culto novohispano de la ermita del Tepeyac: la hibridación de la Tonantzin indígena, diosa de la tierra, con la efigie de una virgen morena, trasunto de la virgen mora de Extremadura.

En 1887, cuando la santa sede autorizó la

coronación de la guadalupana como reina de México, el obispo de Tamaulipas, Eduardo Sánchez Camacho, se opuso a la coronación porque, dijo, "sólo fomentará la superstición y la ignorancia en el pueblo".

El entonces canónigo de la capilla del Tepeyac, Vicente de Paul Andrade, se opuso también, y habló irónicamente de Juan Diego como el "gigante venturoso", ya que la filma del humilde elegido, donde habría quedado impresa la efigie de la Virgen, medía más de un metro ochenta, demasiada altura "para el cuerpo de un indio de estatura regular".

El milagro del guadalupanismo para estos clérigos no estaba en la "superstición" aparicionista, sino en su poder único de propagación en el corazón religioso de México.

La virgen se habría aparecido a lo largo de los siglos en el corazón del pueblo, no en el cerro del Tepeyac. Y su mensaje no era de privilegio divino, sino de consuelo terrenal, tal como lo sugirió el propio Schulenburg, en más de dos mil sermones con la fórmula incantatoria, oportunamente citada por Carlos Marín en este diario (MILENIO, 20/7/09):

*¿No estoy yo aquí, que soy tu madre? ¿No corres en todo por mi cuenta? ¿No acaso te tengo en mi regazo, no te tengo entre mis brazos? Entonces, ¿qué puedes temer?*

El milagro sugerido por Schulenburg no necesita, en efecto, a Juan Diego. ■■

acamín@milenio.com

